

El verdadero riesgo: La italianización

El riesgo a largo plazo para España no es Grecia, sino Italia. Grecia es el riesgo a corto plazo. Si el gobierno español sigue fingiendo llevar a cabo la consolidación fiscal, mientras que pospone las reformas y juega con el presupuesto público, cualquier choque en los mercados financieros puede arrastrar a España a una espiral de estilo griego, con un encarecimiento de la financiación y el aumento de la ratio deuda / PIB, en cualquier momento. No tengo ninguna duda de que, durante el próximo par de años, este es el principal riesgo al que se enfrenta España: si las principales componentes del gasto estructural (pensiones, financiación autonómica, los salarios de los funcionarios, los subsidios a la electricidad y el seguro de desempleo) permanecen intactas, mientras que el déficit estructural se mantiene alrededor del 8% del PIB, la deuda pública se acumulará inexorablemente y cualquier accidente, por pequeño que sea, puede desencadenar una crisis financiera. Pero esto es lo suficientemente claro y ha sido objeto de un gran número de editoriales así que no hay razones para repetirse. Miramos, pues, más allá del corto plazo para discutir sobre lo que podría estar pasando en España en diez o quince años, o tal vez antes, si se aceleran ciertas tendencias.

Mi impresión es que España puede ir hacia Italia. Y cuando digo Italia, me refiero al país estancado, paralizado, profundamente corrupto y regionalmente dividido en que Italia se ha convertido durante las últimas tres décadas. La analogía que tengo en mente es entre la España de ahora y la Italia de 1980-1990. Para comprender la analogía es mejor explicar antes lo que ocurrió en Italia durante esos años, tanto en términos socio-económicos como a nivel político. Al hacerlo, debemos tratar de utilizar un grano de sal y no buscar analogías triviales, ya que no están allí. Debemos considerar las condiciones socio-económicas que subyacen en los movimientos fundamentales y analizar cómo las decisiones políticas específicas han repercutido en la estructura del país, hasta llevarlo a su no tan agradable condición actual, dejando de lado el cómico optimismo de Berlusconi.

A finales de 1980 el llamado "Milagro Italiano", finalizó. Desde el punto de vista puramente estadístico ya había acabado desde hacía unas dos décadas, con la aparición de intensos conflictos laborales en los sesenta y en la siguiente década. Pero incluso durante la década que vio dos crisis del petróleo, el terrorismo difuso y una interminable escalada del conflicto social, la economía italiana siguió creciendo. De hecho, no sólo creció durante la década de los años '70, sino también durante la de los '80. No pudo alcanzar los niveles de crecimiento anteriores y no se creó mucho empleo; pero creció.

Sin embargo fue exactamente durante la década de los '80 que las semillas del actual estancamiento fueron sembradas. Es decir: las semillas del estancamiento fueron plantadas cuando, después de un período de crecimiento totalmente excepcional, la combinación de agotamiento interno del modelo de crecimiento anterior y la crisis externa obligó al país a enfrentarse a la necesidad de reformas drásticas. Italia decidió, por así decirlo, no realizar esas reformas, sino defender y proteger los logros alcanzados y mantener las cosas como estaban, en la esperanza de que los buenos tiempos volvieran de forma espontánea. Si el sistema había funcionado una vez, se repetían los italianos, ¿por qué no podía funcionar de nuevo? Los italianos se mantuvieron muy firmes en sus propias convicciones (Berlusconi y sus payasos siguen cantando esta canción) y pacientemente esperaron, aplazando año tras año las decisiones difíciles, y profundizando, hasta el límite de lo posible, su defensa incondicional del sistema existente. Treinta años más tarde, está claro que los buenos viejos tiempos han decidido no regresar y que el mundo ha cambiado dramáticamente mientras tanto, pero Italia no.

Cuando las crisis del petróleo y las agitaciones laborales devolvieron a Italia a la dura realidad, el modelo de crecimiento italiano todavía tenía un poco de vapor en su motor para seguir adelante, y lo hizo. Mientras que las producciones intensivas

Mi impresión es que España puede ir hacia Italia. Y cuando digo Italia, me refiero al país estancado, paralizado, profundamente corrupto y regionalmente dividido en que Italia se ha convertido durante las últimas tres décadas.



Las regiones italianas se introdujeron formalmente en 1975, sólo unos años antes que las autonomías españolas, pero su gestión se descarriló mucho más rápidamente. La razón de este suceso es doble y simple: las regiones son los principales canales a través de los cuales se realiza la redistribución territorial de los ingresos sin que esto conlleve ninguna responsabilidad fiscal. Sus gastos son financiados directamente por Roma sobre la base de un juego de negociación complicado que, si bien diferente del Acuerdo de Financiación Autónoma "español", apunta en la misma dirección (tremendamente equivocada) que este último.

en mano de obra y energía, que Italia venía arrastrando desde la Segunda Guerra Mundial, empezaron a ser abandonadas (algo que el país hizo muy lentamente, lo que es parte de la historia que estoy tratando de contar) la creatividad y la adaptabilidad de sus pequeñas y medianas empresas tomaron relevo y permitieron al país evitar el estancamiento durante un par de décadas adicionales, o incluso un poco más. Mientras los grandes conglomerados industriales se fueron perdiendo progresivamente debido a la competencia internacional, desvaneciéndose en el olvido uno tras otro -con la posible excepción de la FIAT, cuya idiosincrática secuencia de planos de ayudas gubernamentales y bajas probablemente no es el modelo que queremos seguir- las medianas y pequeñas empresas crecieron, llevando adelante el país hasta finales de 1990.

Pero mientras las empresas medianas y pequeñas hicieron su trabajo, los políticos y el resto del país no, lo que finalmente acabó también con las posibilidades de crecimiento de estas últimas. Esto ocurrió por una variedad de razones, las más importantes de las cuales voy a considerar en orden aleatorio.

El Sector Público, en primer lugar, fue creciendo sin parar transformándose en un monstruo más ineficiente de lo que era a finales de 1960. Esto se llevó a cabo tanto a través del crecimiento de la burocracia del Gobierno Central, así como gracias a la explosión de una nueva burocracia regional que, pudiendo operar libre de cualquier restricción presupuestaria, se ha convertido en el amortiguador principal del Gasto Público italiano. Las regiones italianas se introdujeron formalmente en 1975, sólo unos años antes que las autonomías españolas, pero su gestión se descarriló mucho más rápidamente. La razón de este suceso es doble y simple: las regiones son los principales canales a través de los cuales se realiza la redistribución territorial de los ingresos sin que esto conlleve ninguna responsabilidad fiscal. Sus gastos son financiados directamente por Roma sobre la base de un juego de negociación complicado que, si bien diferente del Acuerdo de Financiación Autónoma "español", apunta en la misma dirección (tremendamente equivocada) que este último.

Como todos saben, los italianos han estado hablando de una reforma "federalista" al menos desde 1994, pero dicha reforma nunca se ha implementado y predigo que tampoco se llevará a cabo durante la actual legislatura. La actual organización del Estado (tanto a nivel central como regional) seguirá generando Gasto Público de forma incontrolada e ineficiente con una redistribución de la renta de norte a sur cada vez más explícita y devastadora desde el punto de vista social. España también se ha estado enfrentando al mismo problema desde hace un tiempo y parece también incapaz de cortar el nudo gordiano. Si bien la situación española no es tan mala como la italiana -el gasto autonómico no está tan fuera de control y las regiones del sur, a pesar de disfrutar de importantes subvenciones, no están todavía plagadas por la delincuencia organizada- la tendencia es la misma. Analogía número uno.

En el Sector Público se encuentra también al centro de la analogía número dos. Una vez más, la situación española es bastante mejor que la italiana, pero la tendencia es la misma: la burocracia central sigue hinchándose y es cada vez más ineficiente. Debido a una política electoral populista y a una presión constante de los sindicatos, sus costes siguen creciendo incluso mientras que el resto del país está en el medio de una profunda recesión. En particular: los sueldos en el sector público han aumentado considerablemente más, ceteris paribus, que en el sector privado y la distancia sigue aumentando. Esto crea un fuerte incentivo para buscar ocupación principalmente en el Sector Público, especialmente en las regiones menos desarrolladas del país, lo que a su vez genera una presión tanto social como política para aumentar aún más la oferta de empleo público. Italia se ha visto atrapada en este círculo vicioso en los últimos treinta o cuarenta años, y no es un camino que España quiera seguir. Si bien la reforma de la Administración Pública y del proceso de negociación salarial puede que no sea la más urgente entre las reformas que España necesita para ahorrarse una progresiva "italianización", poner los salarios públicos bajo control, limitar el poder de los sindicatos y empezar a pensar cómo reconstruir el modelo de Gobierno Central en una nación federalista



son temas que les recomendaría poner en la agenda del próximo Gobierno.

Dado que ya me he referido a los "sindicatos", más vale abordar el tema de inmediato. Debo de ser muy claro: mientras que durante los años 1950, 1960 y, posiblemente, parte de la década de 1970, los sindicatos fueron las fuentes de los progresos realizados en Italia, hoy representan tal vez el más sólido pilar del conservadurismo. Ellos son la principal causa de la dualidad del mercado laboral italiano, de la crónica ineficiencia del Sector Público, del deterioro gradual e imparable de los servicios públicos (trenes, correos, escuelas ...) y, en general, el obstáculo permanente para cualquier, aunque sea mínima, reforma del mercado de trabajo italiano.

Curiosamente, mientras sus afiliados han ido progresivamente disminuyendo y contemporáneamente surgía un gigantesco zoológico de pequeños sindicatos, los tres principales (CGIL, CISL y UIL) siguen siendo capaces de vetar cualquier reforma que no sea de su agrado. Al mismo tiempo, y de nuevo al frente de una disminución notable del apoyo popular, su burocracia se ha vuelto tan entremezclada con la del Sector Público que a menudo es imposible distinguir a los dos. Los sindicatos italianos, de facto, detienen la gestión del sistema de pensiones y de asistencia social, del sistema sanitario, de una gran parte del sistema escolar y del sistema de transporte público. Una vez más, la situación española es notablemente mejor (al menos en el transporte y en el sistema escolar, pero no en el sistema de pensiones y en muchas universidades), donde la tendencia es claramente italiana. La crisis actual, en particular, parece haber convertido tanto a UGT como a CC.OO en los centros del conservadurismo radical, bloqueando cualquier reforma del mercado laboral, aunque sea mínima, con un chantaje constante al gobierno socialista. Si bien la actitud actual de "consultar primero si los sindicatos están de acuerdo" en todas las decisiones de ámbito económico podría ser, tal vez, una idiosincrasia de Zapatero, la necesidad de reducir drásticamente el poder de los sindicatos en el Sector Público y en la sociedad en su conjunto es, sin duda, evidente.

La alternativa es dejar que la tendencia perdure y se fortalezca, lo que permitiría el establecimiento de un bloque de poder corporativo y conservador justo en el centro de los mecanismos de decisión del país, un bloque de poder cuyo objetivo sería impedir la realización de cualquier cambio o reforma progresista. En Italia esta "coalición de bloqueo" ya está bien establecida y es extremadamente sólida: se trata de los tres sindicatos principales, una larga lista de "asociaciones profesionales" (desde los abogados a los notarios, de los comerciantes a los pequeños agricultores ó a los conductores de taxi, sólo para nombrar los más visibles) y de las burocracias públicas, tanto a nivel estatal como regional. En España, se observa una evolución similar y si bien esta "coalición de bloqueo" aún no es tan poderosa y bien organizada como en Italia, es evidente que vamos por el mismo camino.

Como ejemplos, consideramos el mercado de trabajo y el sistema universitario. En ambos casos, España lideró el cambio en la década de 1980, moviéndose por delante de Italia. Pero con el tiempo el impulso reformador se ha esfumado y el mercado laboral español es ahora una institución horriblemente dual, injusta y, sobretodo, ineficiente e incapaz de cumplir con su función básica: permitir a las personas encontrar empleo y a los puestos de trabajo encontrar gente dispuesta a cubrirlos. Lo mismo se aplica a las universidades españolas, a pesar de darse unas pocas excepciones. Después de las prometedoras reformas de la década de 1980, el sistema universitario español ha crecido enormemente en tamaño al tiempo que su calidad media se reducía dramáticamente. La meritocracia y la competencia, que habían comenzado a entrar en el sistema entre 1985 y 1995, están siendo empujadas al margen, mientras que son retóricamente alabadas a bombo y platillo por un ministro tras otro. En ambos casos, los sindicatos son el principal componente de la coalición de bloqueo, con el apoyo de los profesores universitarios mediocres y de una porción de la opinión pública que, muy equivocadamente, prefiere el estancamiento, el desempleo y una educación pobre a los desafíos que la flexibilidad, la competencia y la meritocracia supondría.

Los sindicatos son el principal componente de la coalición de bloqueo, con el apoyo de los profesores universitarios mediocres y de una porción de la opinión pública que, muy equivocadamente, prefiere el estancamiento, el desempleo y una educación pobre a los desafíos que la flexibilidad, la competencia y la meritocracia supondría.



Sólo aquellos países que sean capaces de cambiar, evolucionar y adaptarse van a mantenerse a flote. Los otros no sólo se estancarán sino que empezarán a declinar, mientras que sus mejores activos - hablando sin metáforas: los jóvenes más inteligentes, hábiles, productivos y creativos- se trasladarán allí donde el cambio esta en marcha y donde las oportunidades para contribuir o beneficiarse de ello existan.

Se puede agregar una variedad de otros ejemplos. Desde el sector comercial, que había comenzado a ser liberalizado en la década de 1980 y principios de 1990, a las profesiones jurídicas (en particular los notarios), desde los taxistas hasta las Cajas de Ahorro; los monopolios ineficientes y los grupos de presión socio-política no sólo bloquean la adaptación de la economía española al cambio exterior, sino que son cada día más capaces de captar rentas cada vez más importantes. Por otra parte, mientras que en la década de 1980 y hasta la segunda mitad del decenio de 1990 era una creencia generalizada que estos antiguos monopolios tenían que ser reformados o disueltos, ahora este tipo de discurso se está convirtiendo en un anatema. El caso de las Cajas de Ahorro es, obviamente, el insulto más grande a las personas pensantes de este país. En medio de una profunda recesión (de la que son una de las causas) y mientras la mayoría de ellas se encuentra, de hecho, en una situación de insolvencia, debatir públicamente la necesidad de reformar estas instituciones ineficientes (por no hablar de asumir el control y forzar la privatización de las mismas) parece estar prohibido. Al menos en la prensa oficial y en todos los círculos políticos.

Lo que me lleva a la principal y más peligrosa de la "tendencias italianas" que afectan actualmente a la sociedad española: el final de la demanda socio-política de grandes reformas y liberalizaciones, la aparición de la "satisfacción" y de la sensación de "haberlo hecho", con el consiguiente crecimiento de los bloques de poder cuyo principal objetivo es preservar lo que ya existe para evitar el cambio. Los españoles parecen haber olvidado rápidamente que el crecimiento casi milagroso de 1982-2007 fue el producto de los cambios radicales y de las drásticas reformas que tuvieron lugar entre 1978 y 1986 y, en medida mucho mucho menor, entre 1996 y 2000. Esas fueron las fuentes del crecimiento, no una supuesta gestión "virtuosa" de la política fiscal que, como sabemos ahora, no era virtuosa en absoluto (de hecho, ni siquiera prudente) y fue sólo el producto de circunstancias afortunadas. Hace ya diez años, comenzando con la segunda etapa de Aznar en el Gobierno, que las palabras "cambio" y "reforma" parecen haberse convertido, en el vocabulario socio

-político español, en esas cosas sobre las cuales los académicos hablan mucho y los políticos evitan como la plaga.

Lo que resulta particularmente desafortunado porque "cambio" es el nombre del juego en el mundo globalizado del siglo XXI, mucho más que en la década de los 80, cuando España realmente fue capaz de cambiar. No hay vuelta atrás en esta tendencia mundial: sólo aquellos países que sean capaces de cambiar, evolucionar y adaptarse van a mantenerse a flote. Los otros no sólo se estancarán sino que empezarán a declinar, mientras que sus mejores activos -hablando sin metáforas: los jóvenes más inteligentes, hábiles, productivos y creativos- se trasladarán allí donde el cambio esta en marcha y donde las oportunidades para contribuir o beneficiarse de ello existan. Esto es lo que ha ocurrido en Italia hace más de veinte años. Esto es lo que va a pasar en España en la próxima década o dos si las palabras "reforma"(real) y "cambio" (drástico) no vuelven a ponerse nuevamente de moda. ¡Devuélvanos la movida, por favor, no queremos morir italianos!

